

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA
Y PONS, MIGUEL F. RODRIGUEZ Y JUAN CÁRLOS CARVALHO

ADMINISTRACION
Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. XXIV

SUSCRICION ADELANTADA
Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 30 DE 1885

SUMARIO — Mi presentacion, por Aniceto Bonachon — Melopeya, poesía, por Kara-Koutié — Irene, por Juan Carlos Carvalho (conclusion) A.... M. A., poesía, por Manrique — Suelto.

Mi presentacion

Ya me parece ver vagar una sonrisa burlesca, en los labios de algun mal intencionado, al leer mi nombre al pié de estas líneas. No faltará quien exclame: Aniceto Bonachón! ¡Que nombre raro! No dejo yo mismo de comprender que no es muy armónico que digamos; pero cuando hay quien se llama doña Subterránea, doña Tecla ó don Telésforo, el mio no tiene nada de extraño. Creo que sería muy difícil probar cual de estos sonidos hiere mas bruscamente la membrana del tímpano. Quizá el mio; pero me consuela que si llevo este nombre, no es á humo de paja como el de otros. Ya verán mis queridos lectores (si los tengo) como no puedo llamarme de otra manera que Bonachón.

Antes de explicar porqué me llamo así, tengo que decir que este no es mi nombre de pila: no siempre me llamé Aniceto. Llamábame ántes, y todo el mundo me conocia (es decir el mundo de mis conocidos) bajo el simpático nombre de don Sandalio Fresco. Un dia supe que los brasileros tienen la costumbre de cambiarse el suyo, y como yo no quiero ser ménos que ellos; y además, me gusta que el nombre responda á algun carácter físico ó moral del individuo; sin más ni más, publiqué el siguiente aviso en los periódicos: Sandalio Fresco avisa á sus relaciones, que desde hoy 15 de Octubre de 1884, se llama Aniceto Bonachón. Así, con dos rasgos de pluma, me me-

tamorfosée, pero en el nombre no más, pues en otras cosas soy el mismo de siempre.

Tambien tengo que hacer otra advertencia, y es que este nombre no ha salido de mi mal organizado caletre. Salió del del escritor español Constantino Gil, que en su novela *El Monigote*, hace figurar como protagonista á un individuo tan cándido y bueno, que no podia llamarse de otro modo que como se llamaba: Aniceto Bonachón. Tenia el tal protagonista tales tragaderas de avestruz, que habiéndole nacido un hijo á los seis meses de casado, en lugar de culpar al Espiritu Santo ú á otra divinidad de este fenómeno, exclamaba con la mayor buena fé del mundo; mejor, mejor, cuanto mas se adelante mejor. Me gusta tanto su nombre que desde el momento que lei la novela, resolví cambiarlo por el mio, aunque Constantino Gil me acusara por hurto ante los tribunales.

Ahora que he dado á conocer el origen de mi nombre, voy á decir á mis lectores cuales han sido las razones que me han inducido á tomarlo.

Yo soy de un carácter bueno (basta que yo lo diga,) pacífico como un santo, manso como un buey; nada me irrita. Las puyas y las críticas se aplastan en la coraza de mi indiferencia, como las balas de plomo en el cuero del rinoceronte. Jamás ataco; si veo un asno coceando, me retiro para que no me alcance alguna coza; y así soy en todo. Yo creo que debo tener en las arterias, como los perezosos, algunos plexos que hacen mas lenta la circulacion de mi sangre, y son el crígen de este mi carácter tan manso, tan sereno, y para decirlo todo, tan bonachón.

A mi todo lo que me dicen lo creo; jamás dudo de la palabra de nadie. Si me dicen que han visto un chancho volando tambien lo creo, porque pienso que no hay nada imposible en este siglo. Tengo, sí,

una cosa que es mi rasgo diferencial con el bonachon de *El Monigote*: mi buena vista.

Al decir mi vista no quiero decir mi vista física, pues esa la tengo tan corta que uso lentes del número 10: quiero decir mi vista moral, si así puede llamársela.

Aquel Bonachón padecía de una enfermedad bastante rara, y que ha adquirido gran desarrollo. La ciencia médica no la estudia todavía, y así es que no la ha clasificado. Yo que tengo muy poco de Galeno; pero que soy aficionado á estudiar ciertas enfermedades particulares, le he dado un nombre que voy á proponerlo á la Academia de Ciencias de Paris, para su aceptación; *ceguera córnea*.

Yo no padezco de esa enfermedad; no sé si mas adelante padeceré; pues actualmente mi *estado* me preserva de sus inclemencias.

Creo que ya he dicho bastante, para probar que mi nombre, se ajusta perfectamente á mi personalidad moral, como un traje de medida (cuando está bien hecho se entiende) se ajusta á la personalidad física. No es como el de otros ú otras que se llaman por ejemplo: doña Luz, y tienen mas sombras que la noche; don Angel, y son ángeles, sí; pero ángeles. . . . caídos.

Seguro, ahora, de que no se me criticará la eleccion de nombre que he hecho; y temiendo que algunos de mis lectores se pregunten á que viene toda esa charla; voy á dar algunas explicaciones que puedan rezarcir en algo, el tiempo que han perdido en la lectura de este producto híbrido de mi cerebro.

Todos los hombres hasta los sabios tienen alguna manía: esto es una cosa muy vieja y muy sabida. Yo, aunque no soy sabio, tambien tengo una: la de escribir. En todas las horas del dia que me dejan libres mis ocupaciones (digo ocupaciones para que no se crea que soy atorrante), pluma en ristre, arrojó palabras y palabras sobre el papel. Yo mismo no se lo que escribo; insulto, estrujo el idioma español; pero eso no es nada: otros hacen cosas peores. No es malo lo que hago: á empujones se aprende. Lo mas que me sucede es que suelo ver de cuando en cuando, ajitarse el Dicionario de la Academia, que tengo sobre la mesa: creo que asustado de mis escritos.

Lo peor del caso, es que me dá por criticar los defectos de otros, por aquello de que

se vé primero la paja en el ojo ajeno, que la viga en el propio. Nunca se me habia ocurrido publicar mis elucubraciones, pero ahora que los Redactores de *La Revista Oriental* me ofrecen sus columnas (las de la Revista) se me ocurre hacerlo para completar mi manía.

Como este es mi primer artículo, he creído muy propio hacer esta presentacion á mis lectores futuros, dando á conocer mis condiciones y mi carácter; recomendándoles que si al leer alguno de mis artículos les disgusta, no hagan caso y las toman como cosas de

Aniceto Bonachón

Melopeya

A R. B.

Escucha, niña hermosa,
La cántiga sentida
De un alma sumerjida
En noche de dolor;
Profundo los suspiros
Recoje de mi pecho,
Que son ay! el deshecho
De un yerto corazon.

Y guárdelo el tuyo
De amor prenda segura
Cual guarda fresca y pura
La mas sencilla flor,
El germen del perfume
En su capullo amante,
Por conservar fragante
Su delicioso olor.

La sombra de la duda
Que nubla mi existencia;
Me deja por herencia
Continuo padecer,
Pero es tu imágen bella,
Evocacion de un mago,
La vida á cuyo halago
Me siento renacer.

Risueña, me pareces
En ilusion divina
La vírgen peregrina
Del monte de Sion;
O de la mar en calma
Sirena misteriosa
Que atrae poderosa
Al que su voz oyó.

Tu voz es dulce y suave
 Cual suspirada queja
 De brisa que se aleja
 Con manso susurrar;
 Y tu pequeña boca
 Semeja diminuta
 Encantadora gruta
 De perlas malabar.

Tus ojos son hermosos
 Como el fulgor sidéreo
 Que en el espacio, aéreo,
 Veloz, se vé cruzar;
 Lucientes como el faro
 Que arranca una sonrisa
 Al náuta que divisa
 La pura luz brillar.

La ninfa eres de un lago
 De amor, do te deslizas
 Y leve apenas rizas
 Sus ondas de cristal
 Mientras la blanca luna
 Su luz te envía hermosa
 Y envuelve cariñosa
 En májico cendal.

En la region inmensa
 Del Indostan sagrado
 El pária despreciado
 Creyérante vision,
 Que en la desierta senda
 Del yermo de su vida
 Le muestra decidida
 El puerto salvador.

Espléndida uruguay,
 Hermosa hija de Oriente,
 Que en mi avivas candente
 La llama del amor:
 Ah! deja que en su lira
 Cantando tu hermosura,
 Sus penas y amarguras
 Olvide un trovador!

Kara-Koutié.

Montevideo Diciembre de 1885.

Irene

(HISTORIA DE UNA LOCA)

(Conclusion)

«Esa pobre loca se llama Irene de Tabares. Hija de padres bastante acomodados, se vió halagada por todas las comodidades y placeres proporcionados por la fortuna.

Don Roberto de Tabares,—su padre—solo tenia una ambicion, ver contenta á Irene y satisfacer hasta el menor de sus caprichos. En cuanto á su educacion, es esmeradísima, y en los salones de nuestra sociedad siempre ha llamado la atencion, tanto por su despejo é inteligencia cuanto por sus modales distinguidos y su palabra graciosa, viva, cautivadora.

Su padre poseía en uno de los alrededores del Paso del Molino una preciosa casa-quinta donde iban á veranear en la estacion estival por ser entónces, casi irrespirable el aire enrarecido de la Ciudad.

Su casa siempre se veía frecuentada por personas conocidísimas de Montevideo, y entre sus muchas relaciones contaba con la de Gonzalo de Larra, jóven bastante aprovechado y físicamente bien parecido. Por su conversacion tan amena y atrayente logró captarse las simpatías de Don Roberto é interesar el corazon de Irene, muy jóven todavía.

Irene, debido á dos circunstancias, al trato continuo y á una declaracion de Gonzalo, llegó á enamorarse perdidamente de éste, teniendo la suerte de ver favorecidos sus amores por la aquiescencia de don Roberto.

Pasaron así dos ó tres años. En este entónces, comenzaban á ser el tema obligado de los salones, los futuros desposorios de Irene con Gonzalo. Prometian ser espléndidos. Pero un dia Gonzalo desapareció, como se dice vulgarmente, de la noche á la mañana, dejando á la enamorada jóven en el mayor de los desconuelos, el producido por el desencanto.

Más de cinco años habían pasado ya desde la partida de Gonzalo, sin haber éste escrito nunca ni tenidose noticias suyas.

Durante ese largo tiempo, Irene pudo encontrar remedio á los sufrimientos de su alma, pues el tiempo es el mejor médico para esta clase de padecimientos. Sin embargo, ella nunca logró olvidarlo. Más de una noche se la hubiera visto sentada en un sillón de mimbres colocado en uno de los parterres del jardín, con la vista fija en el cielo y con las manos entrelazadas, llorando con amargura, con ese llanto tan sentido como oportuno para calmar los tormentos del alma.

Por ese entónces vióse obsequiada por don Victor Palmes, célebre diputado de nuestras asambleas, quien llegó á ser, por

su civismo, demostrado en mas de una ocasion y por la incorruptibilidad de su conciencia, uno de los ídolos mas queridos del pueblo.

Irene, perdida ya la esperanza de unirse con Gonzalo, y además, siguiendo los consejos de su padre, quien no se cansaba de imaginar cada dia nuevos recursos para hacerla olvidar aquel amor perdido y casi imposible, la decidió á aceptar las galanterias del íntegro diputado, y concederle, despues de año y medio de espera su palabra, y junto con esta, su mano.

Irene como esposa y como madre fué una mujer digna y ejemplar. Ya no recordaba á Gonzalo con aquella vehemencia de otros dias, encontrando solo en el hogar aquella felicidad mirada en otras horas como imposible. Victor procuraba siempre hacer todo lo posible por agradarla cada vez mas, y ella por su parte, le retribuía del mismo modo. Era al parecer un matrimonio feliz.

Así pasaron algunos años, sin mediar entre ellos ni una queja ni un reproche. Se amaban como el primer dia;—al menos, ella lo aparentaba. Pero la felicidad nunca es completa en la vida;—la ventura terrenal es un lámpo de luz, dura un segundo, y despues se apaga.

Una noche, Victor é Irene se encontraban en Solis donde Aramburo hacía las delicias del público cantando una de las mas bellas partituras del arte lírico, la *Favorita* de Donizetti, el caballo de batalla de aquel simpático artista.

Durante la representacion del primer acto, Irene no habia notado la persistencia de unos gemelos fijos en ella, pero caido el telon, al discurrir su vista por la platea, fijó sus ojos, sin quererlo, en un caballero sentado en uno de los sillones de orquesta, —en el mismo de los persistentes gemelos,—y apenas lo hizo, una exclamacion de sorpresa, un ¡ah! espontáneo, escapósele del pecho, y su rostro de hermoso nacarado cambiósese de pronto en pálido mate.—¿Cual era la causa de esa trasmutacion tan repentina?—Era debido á haberse encontrado su mirada con la mirada de aquel quien durante los albores de su vida, habia hecho soñar á su corazon por vez primera. . . . con la mirada de Gonzalo!

Don Victor no habia visto nada, por haber salido apenas terminado el acto, á fu-

mar un «Napoleon» en uno de los corredores del teatro.

Cuando entró al palco encontró á Irene indispuesta, con el semblante casi cadavérico y visiblemente agitada por contracciones nerviosas.

—Irene, tu te encuentras indispuesta,—¿verdad? preguntó don Victor con cariñoso tono y mirándola con dulzura, dejando traslucir su ansiedad por saberlo.

—Sí, Victor, no me encuentro bien, repuso ella; yo atribuyo esta indisposicion á la pesada atmósfera de la sala; quisiera retirarme.

—Con mucho gusto, hija mia; salgamos cuanto antes. Y tomándola del brazo se retiraron del palco.

II

Pasaron algunos meses desde el casual encuentro de Irene y de Gonzalo en el teatro.

Irene, sostenia una lucha inmensa en su corazon. Su deseo hubiera sido hablar con Gonzalo y sincerar su conducta para con él, pero no queria dar pábulo á la maledicencia de esa gente siempre en acecho para hacer girones la honra agena. Era la esposa de Victor, y no queria manchar aun cuando fuera con *gotas de agua* el honor de su esposo.

Por eso, habiendo recibido dos cartas consecutivas de Gonzalo habia tenido la bastante fortaleza de devolvérselas sin leerlas, previniendo á la portadora de esas misivas, su expulsion de la casa en caso de nueva reincidencia.

Así las cosas, pasaron los dias y los dias, hasta llegar la vispera de Carnaval.

El *Club Uruguayo* daba esa noche el primer baile de la temporada.

Irene y Victor, concurren á él.

Cuando entraron al salon despues de media noche, éste ya se encontraba materialmente lleno. ¡Cuánta animacion y bullicio en su interior! ¡Cuánta belleza reproducida en los espejos! ¡Cuántos trajes vaporosos rozando apenas el *tripe* de las salas! ¡Cuánta confusion de colores, y al mismo tiempo, cuanta armonia en el conjunto! Era una mezcla abigarrada de rasos, cintas, adornos, antifaces, resplandores de oro y cambiantes de diamantina luz, todo en un movimiento continuo y en diversas evoluciones, produciendo aquel mar de cabezas un efecto fantasmagórico!

La orquesta marcaba los compases de una *polka-mazurka*.

Irene vestía un rico dominó blanco de raso-espejo. Su antifáz dejaba adivinar un rostro hermosísimo á juzgar por el bien configurado óvalo del rostro, por sus labios de escarlata sumamente delgados, por un par de graciosísimos hoyuelos formados al reír, y sobre todo por sus ojos de mirar seductor.

Si alguien hubiera parado su atención en un joven disfrazado de dominó negro con un cordón de oro atado á la cintura, habría notado en él una marcadísima impaciencia por reconocer á una máscara. Era Gonzalo de Larra. Buscaba á Irene. Todavía no la había reconocido entre tanta profusión de gente. Pero el corazón del hombre enamorado es atraído siempre por misterioso imán hácia la mujer querida. En ese momento pasaba Irene del brazo de uno de sus mejores amigos. La miró fijamente.—No hay duda, es ella!—exclamó con fruición íntima, mi corazón la reconoce. Entonces se acercó á ella, y cambiando su voz por la de falsete del máscara, la pidió para la primera pieza. Irene aceptó sin fijarse con quien lo hacía, pues, á haberse fijado un poco, con esa esquisita penetración de las mujeres, hubiérale llamado su atención el demasiado interés del joven del dominó en bailar con ella, y adivinado en seguida á Gonzalo.

¡Quién sabe si no lo adivinó y aparentó no reconocerlo!—Misterios del corazón humano! . . .

—Pensaba acompañar á esta mascarita al comedor, —prorumpió el compañero de Irene dirigiéndose á Gonzalo,—pero si su agrado es ir contigo, no tengo inconveniente en cederte su brazo!

—Acepto con gusto tu ofrecimiento máscara, contestó Irene; y saludándolo con graciosa coquetería, se estrechó al brazo de Gonzalo.

Este dejó caer entonces estas palabras en el oído del galante máscara:—Gracias Roberto; en este momento me haces el hombre mas feliz del mundo. Y rápido como el deseo se encaminó con dirección al comedor.

¡Cuántas emociones no experimentó en ese instante! ¡Cuánta felicidad la suya en estrechar el brazo de su amada, el brazo de aquella mujer querida, primer ídolo de su corazón! Mas ¡ah! Su prometida de otros

días hoy era la esposa de un hombre aborrecible para él por ser el dueño de un tesoro tan rico!—¡Maldita juventud de tan ligera cabeza para no reflexionar ni un minuto! ¡Mujeres, placeres, juego, malditos todos!

Estos pensamientos cruzaron por su cerebro recordándole todo un pasado de felicidad, y al mismo tiempo, todo un presente de melancólica tristeza!

Gonzalo ya no quiso disimular la voz. Era inútil. Quería ser reconocido. Y al efecto, oprimiendo con fuerza el brazo de ella, exclamó con el mas apasionado acento:—Irene, Irene mía! Por fin te tengo á mi lado y puedo hablar contigo! . . .—Ah! —prorumpió con exclamación de sorpresa,—Gonzalo! . . .—El mismo, ángel querido, repuso este con infinita ternura. Pero ella, temiendo las consecuencias de esa entrevista *tan casual*, hizo por desprenderse del brazo de Gonzalo y escaparse, diciéndole al mismo tiempo.—Imposible! Yo no puedo ni debo hablaros, dejadme ir, me comprometéis Gonzalo.—Ah! dejadme ir, me dices, dejadme ir,—no lo imagines, no se renuncia tan fácilmente á tanta felicidad; y oprimiéndola con mas frenesí,—exclamó, eso jamás. Pero de súbito, cambiando de idea, y seguro del efecto favorable de su resolución, repuso.—Está bien, Irene; te descíño de la coyunda cariñosa de mis brazos; déjame, si así es tu voluntad. Tus palabras me hacen comprender ahora dos cosas: tu olvido de aquel amor jurado por tí tan eterno como tu vida, y lo peor, tu falsía. . . . y repudiándola, pero como con visible dolor, prosiguió con sentencioso laconismo:—déjame; olvídame; cúmplen con tu deber!—Pero, cosa extraña! . . . Irene, no tuvo fuerzas para desasirse de su brazo. Sintió oprimírsele el corazón. Una conmoción nerviosa agitó su cuerpo. Ante el reproche de Gonzalo, si se quiere, justo, no había otro medio sino el de sincerarse abriéndole su pecho para mostrarle su corazón lacerado. Pero todavía reflexionó un momento. Por fin tomó una decisión. Le hablaría, se lo diría todo. Llegaría á la debilidad de confesarle su amor si era preciso.

Aquel amor por tanto tiempo comprimido, casi olvidado, renacía nuevamente á la vida, pero esta vez mas apasionado, mas vehemente, pero como nunca criminal.

—Gonzalo! Gonzalo mio!—exclamó Irene, con la pasión mas grande,—has sido

doblemente injusto llamándome falsa y suponiéndome capaz de olvidar tu amor, tu amor la rica sávia de mi vida y el perfume de mi corazón!—Nó, no lo creas, no he sido perjura como dices, te he querido siempre, y aún cuando cometa una debilidad en decírtelo, te lo confieso, continuó queriéndote como el primer día! y al decirlo, sus ojos parecían quemar con la mirada.

—Gracias, Irene, gracias, balbuceó Gonzalo, estrechando su brazo. Perdóname si he podido ofender tu corazón con mis palabras.

—Nó; no me has ofendido Gonzalo, y aún cuando lo hubieras hecho te perdonaría con toda el alma.

Y prosiguieron hablando.

III

Desde la noche del baile, Irene había cambiado notablemente. Su confesión la había perdido. Gonzalo de palabra tentadora y corazón corrompido, solo pensó hacerla suya aun cuando fuera al costo de su desgracia. Y así fué. Irene llegó al crimen, fué adúltera! . . . La pasión la cegó, y lo olvidó todo, esposo, nombre, hijos! . . .

Una tarde, don Victor, como de costumbre, se había ido á las Cámaras.

Ese momento era el elegido por Irene para satisfacer su repugnante pasión.

Pero ese día, estando en sesión, acometióle una ligera indisposición, y solicitó permiso para retirarse.

Llega á su casa, y apenas entra, una de las sirvientas encargada de vigilar la entrada, quédase petrificada ante la presencia de don Victor. Quiere avisar, pero este lo comprendió todo, y haciéndole una seña imperativa para callarse y presentarse ante él, la amenazó con la muerte si daba el menor grito, marcándole con el dedo índice la puerta de la calle. Brígida no esperó dos veces la orden; salió precipitada y temblorosa.

Hasta ahí todo no había pasado de una sospecha. Deseaba engañarse. Penetró en la sala, no estaba Irene; pasó á la antesala, tampoco; atravesó otra habitación, lo mismo. Entonces su corazón latió con más violencia. Recorrió otras habitaciones de puntilla, y se acercó á su cámara-dormitorio.

Iba ya á separar la rica colgadura de la ante-puerta, cuando, el *chasquido* de dos

besos simultáneos lo detuvo. Su corazón no lo había engañado; pero la realidad de su nombre manchado y la violación de su lecho por una mujer infiel y por un amante criminal, le hicieron primero palidecer de cólera, y luego afluir la sangre á su cabeza, cruzando por su imaginación por primera vez de su vida la idea de la venganza y de la muerte.—Pero, nó, se dijo; no mancharé mis manos con sangre, pues sería divulgar su infamia y mi deshonor. Prefiero pasar la vergüenza ante un hombre solo, y no sonrojarme ante todo el mundo. Quéde el secreto solo entre tres; yó, ella y él.

Desfallecido por la impresión recibida, y apenas pudiéndose mantener parado se dirigió á la sala y se dejó caer en un sillón casi desvanecido. Apoyó ambos codos en los descansos del sillón, y cubriéndose el rostro con ambas manos, permaneció largo rato en silencio. ¡Cuántas ideas no cruzaron entonces por su mente! Entonces lo entrevió todo, entrevió un porvenir sombrío, sin esperanzas ni ilusiones, una existencia sin atractivos ni ventura! . . .

Un ruido de pasos y un eco de palabras confusas sacáronlo de su abstracción.

Volvió la cabeza hácia la mampara de la antesala, y esperó con impaciencia al ladrón de su honra para conocerle.

Dos ó tres segundos después se presentaba éste ante vista enlazando con uno de sus brazos la cintura de Irene, y ésta, apretando con fuerza la mano de Gonzalo contra su pecho.

Don Victor lo miraba todo sin proferir una palabra.

Permanecieron así un par de segundos todavía, haciéndose mútuas protestas de amor, y se despidieron, abrazándose ella á su cuello y él cruzando sus brazos á las espaldas de Irene. Sonó un beso fuertísimo, luego otro, y después otro. Cada uno de estos besos sonaron en sus oídos como bofetadas. Sin embargo, las recibió sin proferir una queja, sin decir una palabra.

Gonzalo se desprendió de los brazos de Irene, y ésta se disponía á acompañarlo, cuando al penetrar en la sala se quedaron los dos mudos, pálidos y fríos ante la presencia del ultrajado esposo. Gonzalo, pasado el primer estupor solo pensó en huir; y así lo hizo. Las únicas palabras de Don Victor, cuando aquel comprendió la fuga fueron estas: Miserable!—Sos tan cobarde como

todo eso. Así son todos. La echan de Tenorios y Mejías, y no tienen el suficiente valor de arrostrar la vida por una mujer indefensa, tan culpable como desgraciada. Y exclamó despues con desprecio, echándo un brazo hácia atrás con el puño cerrado, y apretando los dientes con coraje,—cobarde! . . .

Irene, cayó al suelo sin sentido. Don Victor trajo presuroso un frasco de éter y la hizo aspirar un poco. Momentos despues volvió en sí. Levantóla, y despues de ayudarla á sentarse en un sofá se internó en una de las habitaciones, y volvió á los pocos instantes con una copa conteniendo agua y algunas gotas de azahar para darla á beber. Hasta ese momento había obrado bajo los impulsos de la conmiseracion. Irene se cubrió el rostro, avergonzada, y rompió á llorar. Hubiera deseado oír las increpaciones del esposo ofendido para tener al ménos el pretexto de mostrarse resentida de sus palabras; pero este no la decía nada: estaba vencida.

No obstante; aquel silencio debía tener un desenlace.—Don Victor se paseaba por la sala con la cabeza inclinada y con las manos cruzadas por detrás. De repente, se paró frente á Irene cruzándose los brazos sobre el pecho é irguiendo la cabeza. Irene tembló. Seguía llorando.

—Y bien, señora, porqué llorais?—preguntó don Victor con irónica entonacion.—Acaso seré yó la causa de vuestro llanto?—Hablad, señora.—Os callais! exclamó ya impaciente, y repuso en seguida con acritud: Tened, al menos, el corage de explicar nuestra conducta, señora. No temais mis amenazas; yo no os haré nada. Entre los dos surge desde este día un abismo insondable. Junto con la honra me habeis robado la felicidad. Y al decir esto rompió á llorar con desconsuelo. Irene se levantó para arrodillarse ante él é impetrar su perdon, pero don Victor dandó dos pasos hácia atrás y tendiendo sus manos abiertas á la altura de la cabeza, prorumpió con viveza:—Atrás, atrás, adúltera, no esperéis de mí la remision de vuestra falta.

—Perdon, perdon, esposo mio, perdon! exclamó Irene fuera de sí, arrastrándose arrodillada y con las manos cruzadas en accion de gracia.—Jamás, jamás, repitió don Victor, apartando su cabeza y señalándola con el dedo índice con marcada indignacion.

—Perdon, esposo mio, perdon, Victor querido, insistió nuevamente aquella, llorando á gritos.

Nunca, nunca os perdonaré vuestro crimen, ¡infame!

Al concluir estas palabras cayó sin fuerzas sobre una silla acometido de una síncope.

Irene hizo lo posible por hacerlo volver de su desvanecimiento abanicándole con una pantalla y secando el sudor frio de su frente. Cuando volvió en si se encontró en los brazos de su esposa, y acariciado con sus besos. Esto le sufureció mas, y fuera de sí empujó á Irene, logrando apartarla,—y la dijo con rabia,—miserable, aun tienes valor para besarme con tus besos prostituidos, acariciarme con tus caricias de mujer cualquiera, de una mujer viciosa. Acometióle despues otro vahído, y empezó á delirar. Sus palabras eran incoherentes. Cuando volvió nuevamente de su segundo desmayo, no se irritó como la primera vez al encontrarse en los brazos de su esposa; lloró

Entónces Irene aprovechó ese momento de calma para implorar su perdon, pero don Victor, permaneció en silencio, y luego como si sintiera afluir toda la sangre á su cabeza llevó sus manos á ella y la apretó con fuerza, diciendo solo estas palabras: Me siento morir; dadme agua, la estuosidad de una calentura horrible me devora, pero nó nó ya es tarde adios, Irene querida, en mi nombre y en el de vuestros hijos, yo te perdoné! Adi os! No pudo decir mas. Una violenta congestion al cerebro había producido le parálisis de ese órgano, dándolo en tierra.

Irene, al verlo caer corrió por la casa dando gritos desaforados, llamando á la servidumbre, y pidiendo médico y auxilio, y llorando y mesándose los cabellos.

Cuando volvió á la sala se arrojó sobre el cuerpo inanimado de su esposo, llamándolo, moviéndolo, haciéndole viento con la pantalla, besándole, hablándole y cubriéndole de lágrimas. No lo creía muerto.

Cuando llegó el facultativo y lo reconoció sólo dijo estas palabras: Mi presencia aquí está demás, está muerto!

—¡Muerto! muerto! . . . mentira . . . Victor, Victor mio, vuelve en tí! . . . Y tomándole

una de sus manos la encontró rígida y fría. Entonces se escuchó un grito penetrante dentro de aquel augusto recinto con toda la magestad de la muerte; era producido por Irene.

Al grito aquel sucedió después una horrible carcajada.

Estaba loca».....

Esta es la historia de esa mujer, me dice mi acompañante, joven inteligentísimo, estudiante de medicina y alumno interno en ese Establecimiento, con el objeto de especializarse en esa clase de estudios. Le doy las gracias por su atención, y me retiro profundamente emocionado con la relación de aquella historia tan trágica como conmovedora.

Juan Carlos Carvalho.



A . . . M. A.

(ANTE EL ESPEJO)

A esa que allí miras retratada tan llena de atractivo y de ternura,— que encierra para el alma enamorada mi ensueño, mi esperanza y mi ventura,—

A esa que allí ves dulce y sonriente, como la luz del trasparente día, que disipa las sombras del oriente, ¿sabes lo que decirle yo querría?

Yo quisiera decirle lo que siento cuando el alma latiendo estremecida enciende mi ardoroso pensamiento al sentir su mirada, que es mi vida.

Su mirada!—fulgor del paraíso donde la luz del alma se condensa, y partiendo en mil rayos de improviso me abrasa el pecho con su llama intensa.

Le quisiera decir, prenda adorada, la emoción que mi espíritu levanta al oír, melodiosa y delicada su dulce frase que al brotar me encanta.

Le quisiera decir cuánta ventura presta á mi pecho deliciosa calma cuando al imán de su sonrisa pura le entrego esclava de su amor el alma!

Yo quisiera decirle, lo indecible; lo que su ser sublima y diviniza,

y su encanto celeste, irresistible, que mi espíritu ardiente fanatiza.

Le dijera las dulces impresiones que nunca el alma esclavizada olvida y las puras, ardientes afecciones que condensan la dicha de mi vida.

Le dijera también cuánto la adoro! cuánto mi pecho por su amor suspira! y el grato sentimiento que atesoro que nunca pudo traducir mi lira!

Le dijera. . . mas, qué—¿puede mi acento revelar el amor puro y sublime que el autor del celeste firmamento en nuestro débil corazón imprime? . . .

Lo que se siente cuando el alma vuela en alas del amor puro y sagrado, es algo que expresar siempre se anhela pero que nunca el labio lo ha expresado.

Es fuego inextinguible que nos quema y el ánimo cautiva y arrebatada; es la dicha primera,—la suprema verdad que existe,—la verdad mas grata!..

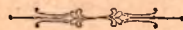
Y esa llama que es vida esplendorosa, del hálito de Dios puro reflejo, brilló en mi pecho ante la huri dichosa que miras retratada en el espejo.

Y esa huri, que soñó mi fantasía, de quien la dicha de mi vida espero, al escuchar la voz del alma mía me dice con los labios que exagero.

Y exclama con dulzura que cautiva que inspirar mis cantares no ha podido! . . . ¡Oh Dios! la inspiración ¿dónde se libra sino en el cáliz del amor sentido? . . .

Si el eterno amor que yo te juro no te dá de la fé la dulce calma no tienes corazón, ó te aseguro que no sabes sentir ni tienes alma!

Manrique.



Suelto

LECTORES: Causas imprevistas nos hacen suspender temporariamente esta publicación. Agradecidos á vuestro favorecimiento, y contando siempre con vuestra protección en adelante, os saludamos reconocida hasta entonces

LA REDACCION.

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.